

Introducción:

Cosmopolitismo y negociación transcultural: una problemática renovable

Didier Coste

El cosmopolitismo, sea en sus aspectos filosóficos, utópicos e idealistas, o bien en lo concreto y existencial de lo vivido por viajeros, migrantes y exiliados, o también en su cara sentimental de amores y amoríos exóticos, tiene una historia tan larga y contrastada como los pensamientos y vivires comunitarios y sedentarios a los que se opone y lo oponemos. Desde los orígenes renacentistas y, en su segunda fase, iluministas, del fenómeno irreversible que llamamos a veces globalización y a veces mundialización, las posturas y las prácticas cosmopolitas no han evolucionado tanto, pero sí su estatuto ético, con las interpretaciones y valoraciones contrastadas que se enfrentan sin cesar en la actualidad.

Una Europa institucional constituida, desarrollada y solidificada a partir del propósito empresarial de un mercado común, había llegado paradójicamente, con motivo de intereses fundamentalmente capitalistas, económicos y financieros, a derribar fronteras físicas entre un amplio grupo de países miembros. A través de la libre circulación de las personas (ciudadanos y residentes legales de los países miembros) y de ricas experiencias de migración multidireccional y de complejos encuentros e intercambios intelectuales y sentimentales, había conseguido —sin quererlo— generar el sentimiento vital y paulatinamente naturalizado de un amplio espacio compartido desde Estocolmo hasta Lisboa y Atenas. El infame sufijo “exit” que cada líder neo-nacionalista y sus partidarios se apresura a pegar al nombre de la nación correspondiente no suena como éxito sino como un rotundo fracaso a los oídos de los cosmopolitas mentales

y de corazón, como a los cuerpos de los cosmopolitas nómadas, de las familias “mixtas”, de los trabajadores trans-fronterizos y de los hablantes y escribientes trans-lingües. Los propios europeos, por su incapacidad de representarse una comunidad humana no nacional (es decir cosmopolita) cuando gozaban de sus beneficios, incidentales o ajenos a los objetivos institucionales, son las primeras víctimas y los primeros culpables de la amenazante desagregación territorial. Los políticos más solidarios entre sí ya no son los conservadores moderados, los liberales y socialistas que querían allanar la agresividad exclusivista de las “diferencias culturales”, o lo pretendían, sino precisamente los reaccionarios, es decir los regresivos, las extremas derechas más cerradas al mestizaje tanto intelectual como biológico. Lo que se está construyendo ahora, a escala mundial, es un sindicato de fortalezas-prisiones basadas sobre un principio de soberanía-exclusión. Cualquier acción de resistencia pasa por la formulación de un cosmopolitismo nuevo, por la teorización del diálogo entre los universalismos potenciales de cada formación cultural.

Los artículos aquí reunidos se proponen por lo tanto indagar los criterios y procesos de un cosmopolitismo presente y orientado hacia el por-venir (un futuro no predestinado, no programable ni representable mecánicamente), un cosmopolitismo implicado en situaciones concretas y dialógicas de comunicación, traducción e interpretación de la palabra y de la imagen entre culturas distintas (pero nunca autónomas) y lenguajes específicos (pero nunca solamente autorreferentes). Estas

situaciones pueden ocurrir tanto entre territorios lejanos como dentro de una misma sociedad, entre usos de idiomas de estructura diferente, o bien muy similares como en el caso de la traducción intralingüística, entre sociolectos o estados históricos del habla. Pero tampoco sería sano recurrir negativa o positivamente a una mitificada noción de traducción, tan metafórica y extensible que su imposibilidad teórica se confunde con su necesidad y que traiciona los principios más básicos de la comunicación humana, entre ellos que nadie o ningún grupo puede “entenderse” con otra persona o grupo sin hablar y oír un lenguaje que no le pertenece ni lo define, que no lo posee ni lo expone. El cosmopolitismo que exploran y a menudo promueven los ensayos de este dossier podría verse precisamente como un grado de conciencia naciente y posiblemente de militancia en pro de la movilidad del discurso, y de una más eficaz enajenación de los idiomas. Se trataría a lo mejor del proceso de liberación hermenéutica y heurística que consiste en hablar-entre y escuchar-entre, o mejor aún, hablar/escuchar con, en lugar de hablar y escuchar a.

La cuestión del cosmopolitismo, la de cómo vivir-en-este-mundo (entero) a través de una localización mental, sentimental y/o física no monumentalizada y clausurada, de vivirlo como ilusión, como aspiración o como práctico esfuerzo consciente y crítico, está involucrada, aunque no se nombre explícitamente, en un amplio conjunto de cruciales problemáticas políticas, éticas y culturales que la frecuentación activa de la(s) literatura(s) y de las artes pone de relieve y ayuda a reinterpretar. Una lista de palabras clave —que se podría alargar mucho más— incluiría por lo menos: identidad, localización, (des)territorialización, arraigamiento, mundialización, migración, exilio, ciudadanía, humanismo, universalismo, hibridez, mestizaje, convivencia, dialogismo, traducción, transposición, transgresión... El cosmopolitismo (o su rechazo o denegación) juega un papel fundamental en todas las ciencias humanas en la medida en que com-parar (reunir diversidades en un mismo plano) es una condición fundamental del cum-prehendere. El cosmopolitismo, cualquier sea, no ofrece soluciones hechas para entenderse ni interpretar obras y discursos, pero abre un espacio

metodológico plural imprescindible, tanto entre disciplinas como entre *Zeitgeist* y áreas culturales (siempre entretejidas y con fronteras fluctuantes).

Que las fuerzas de afirmación identitarias confrontadas se manifiesten de manera polémica o consensual, siempre se basan a pesar suyo en un código mínimo común, si bien a menudo equívoco, y buscan la posibilidad de ampliarlo. Este proceso de negociación —con-sigo y con el interlocutor real, virtual o imaginado (con aspectos opuestos, incompatibles, debatibles o confusos de la mente propia y de la mente ajena)— no para de reconfigurar la otredad, la otredad del otro como las del yo y del nosotros. Acerca lo ajeno también cuando lo repele y aleja lo íntimo, aun cuando lo cultiva.

Dicha negociación (negación del ocio, del no-hacer, de la indiferencia) tiene un objetivo, no necesariamente consciente: la coherencia del sujeto individual o colectivo que la entabla, una coherencia proyectada a veces como universalismo imperial, otras como una unidad en “Dios” o en la “naturaleza”, como la indivisibilidad de la polis, ciudad-estado o nación, o como una utopía nostálgica, Edad de Oro o mundo pre-adámico. Pero siempre refleja, aún sin quererlo y sin darse cuenta, el hecho fundamental de la unidad antropológica. Una unidad que no es uniformidad ni tampoco una mera colección museal de tipos.

Descartando el cosmos-supermercado de las antologías de “literatura mundial” y el cosmos enano de la biblioteca de barrio, la meta ideal pudo representarse como el Libro mallarmeano o más modestamente como un arquitexto, una intertextualidad en vía de expansión perpetua, la mítica solidaridad de destino de la literatura mundial más allá de todas las contradicciones y antinomias históricas. Presenciamos la construcción o la reconstrucción de modelos genéricos que encarnarían una suma sin resto de todo lo humano bajo la forma de la Obra total, de un “cuento total en formación” o de una Babel indiferente. Pero el momento postcolonial, empezando con la colonización occidental del mundo finito, reduplica por todas partes la tensión entre universalismo eurocéntrico y los relativismos que vuelven a abandonar la unidad antropológica, y complica más el

vicioso torno al que está sujeta cualquier virtual República de las Letras.

Concretamente, el proceso de negociación transcultural incluye actos de transcripción y transliteración, de traducción, de transcreación, de “translectura” (trans-reading), de producción transgenérica polisémica, híbrida, mestiza, bi- o plurilingüe. El retorno de lo reprimido y el retorno de la represión intervienen en cualquier momento.

Toda negociación es una apuesta retórica, presenta cierto coeficiente de riesgo y puede bloquearse y fracasar de manera dramática, lo que tomará las apariencias de la transformación de la utopía en distopía, de la comedia o de la tragicomedia en tragedia, de la dialéctica en aporía, de la belleza en monstruosidad, de la parusía en apocalipsis. En el espacio transcultural, las modalidades de la estetización de la palabra y de la imagen quedan vinculadas a la inevitable escenografía de la negociación: la escenografía de una narrativa subyacente que delatará, si la examinamos atentamente, muchos más conflictos de poder y potencialización expresados de manera figurada, más o menos críptica, metafórica o alegórica, como los dualismos y binarismos no cooperativos entre identidades sexuales, entre dominante y subalterno, entre auténtico y fabricado, propio e impropio, etc. El tercero o el entre-dos que hemos de reinventar y desplazar cada día cobran la atractividad de lo virtual, pero por lo tanto no pueden ofrecer una hospitalidad certera al viajero, y menos convertirse en lugares habitables y duraderos sin que se deje de lado la precariedad de la representación.

Esta reflexión nos invita, entre otras cosas, a pensar la traducción ya no como falaz simultaneidad o intemporalidad de la equivalencia, sino como la continuación de una conversación en otros idiomas que defamiliarizan, recontextualizan y enriquecen sus temas. De esta manera, el cosmopolitismo deviene una actitud experimental de bi- o multifocalización mutua, según la cual uno se sitúa alternativa y sucesivamente en varios puntos excéntricos del espacio transcultural para enfocar desde allí los otros puntos, los donde uno no está todavía en este momento.

* * * * *

Los ensayos recogidos en este dossier —que será publicado en dos partes, los cinco primeros artículos en el presente volumen y los seis siguientes en el número 14 de la revista— parten de varias combinaciones de disciplinas y se apoyan sobre el análisis de discursos muy diversos, pero concurren en conjunto a aportar un tramado de enfoques nuevos que se enriquecen mutuamente, como en una simulación, a nivel teórico, de la negociación subyacente a todo sorprendente encuentro de culturas en vía de formación, a la espera de hablar un idioma que no era el suyo un momento antes.

Jean-Pierre Dubost intenta, más allá de la pura e irreconciliable diferencia que funda el pensamiento descolonial, establecer nuevas bases filosóficas para que la intraducibilidad conceptual de principio nos incite a proseguir con el inagotable trabajo de traspaso, en todos los sentidos de la palabra, que alimentaría a un humanismo “resiliente”; se opone, por lo tanto, a cualquier tentativa esencialista de segregación de las epistemologías occidentales y no-occidentales. Lily Robert-Foley, a una escala a la vez más reducida (alrededor del caso de las autotraducciones de Beckett, y especialmente el de *L'innommable*) y acaso más amplia (la construcción y la desconstrucción simultáneas de un sujeto lector cualquiera, en marcha inestable, desalojado de cualquier confortable mismidad del mismo), aboga por el “tercer texto”, un espacio de intelección y de comunicación que acabe (y acabe y acabe) con los binarismos más nocivos, los mismos, diría Amin Maalouf, que fomentan las identidades asesinas. Nicoletta Pireddu, investigando los ejemplos paradigmáticos de multilingüismo en la propia substancia de las obras de Christine Brooke-Rose y Diego Marani, muestra como tales experimentos lúdicos exhiben los síntomas de lo que todavía queremos llamar las dificultades de la construcción europea a la vez que proponen por remedio “hacer como si nos entendiéramos”, mejor en los idiomas de los siempre otros que en la lengua que creemos poseer por herencia legal. Partiendo del actual fracaso humano de Europa cara a las migraciones masivas que se topan con sus inciertas fronteras exteriores, Christina Kkona describe la frontera como lugar del no-habitar del emi-

grante, exiliado o refugiado, un espacio imposible e impuesto; su temporalidad suspendida y antinarrativa en el cine de Angelopoulos se sustituye a los espacios cívicos que delimitaba, formando una prisión de la cual nadie de nosotros saldrá vivo, o siquiera habiendo vivido. Finalmente, Indrani Mukherjee explica cómo, a miles de kilómetros de distancia y en las culturas históricamente bien distintas de la India y de Méjico, los cuerpos prohibidos de las protestas estudiantiles, cuyas palabras son inaudibles en las esferas del poder regresivo, supuestamente nacionalista, están conducidos a manifestarse precisamente como cuerpos, inventando o reinventando aquí y allí, en paralelo, el precario y arriesgado desafío de su amordazada esperanza contra toda esperanza.

En el volumen 14, yo mismo (D. C.) abriré la segunda parte del dossier, situándome a la vez dentro y fuera de la disciplina crítica de la Literatura Comparada para denunciar los presupuestos ideológicos de los esquemas de atención concéntrica característicos tanto de la tradición francesa como de la norteamericana, bien se trate de conjuntos regionales o de Literatura Mundial, reclamando aplicar en todos los ámbitos los aventureros métodos de lectura sugeridos por un cosmopolitismo experimental. Huiwen (Helen) Zhang, a través de un estudio histórico novedoso y contrastivo de los conceptos de literatura nacional y mundial practicados por Georg Brandes y Lu Xun, muestra cómo las contradicciones del primero, o más bien su fracasado cambio de estrategia cuando pasó del motivo del interés local a una llamada desencarnada a valores universales blandos, no contaminó a Lu Xun, explorador radical de lo menor, en otro contexto, liminal y revolucionario. Rukmini Bhaya Nair, en la intersección de muchas perspectivas de los estudios culturales y de comunicación, y desde el paradigma indio en concreto, toma en cuenta para el futuro de nuestras sociedades el instantáneo y constante bombardeo por Internet de información anónima y sin fuentes localizadas que volvería obsoleto el modelo de la megalópolis como sede y activadora de cosmopolitismo vivido, mientras las muchas conurbaciones

medianas de la India, llamadas “localopólises”, se podrían ver como un proyecto más viable de glocalidad, listas para demoler eficazmente el jerarquizado binarismo centro/periferia. Siguiendo con el ejemplo urbano indio, Rachna Sethi se basa en el estudio de dos novelas de Anita Desai situadas en Delhi para explicar cómo se espacializan, por la violencia de los dominantes y su perpetuación institucional, el olvido y el abandono de la antigua pluriculturalidad de Old Delhi, y, por otra parte, la modernidad uniformizada de New Delhi, espacios yuxtapuestos que ya no pueden comunicar por falta de traducción mutua. Jean-Paul Engélibert, atento a los espacios liminales, a espacios de desposesión y al tránsito imposibilitado que representan, estudia dos famosas novelas de John Coetzee para revelar lo que llama un cosmopolitismo trágico, una clase específica de distopía donde no llegan a comunicar los cuerpos ajenos. Y, finalmente, uniendo consideraciones de relevancia estética con la metodología de una semiótica social, Oscar Steimberg, quien se ubica en un cronótopo porteño, reflejo y síntoma de fenómenos mundiales, busca en la relación irónica y cómplice de los “antigéneros” con las modas y el *Zeitgeist* pluricultural pero de orígenes localizados, un modelo de dialogismo y plurilingüismo transcultural que prolonga y transforma el polisistema bajtiniano.

La negociación transcultural no violenta, instrumento y manifestación de la creatividad cosmopolita, sin límites geográficos, étnicos, lingüísticos o históricos, aparece a través de todas estas contribuciones, a la vez como una necesidad vital permanente, siempre remodelada, y como el objeto privilegiado de represión por parte de las fuerzas retrospectivas que suelen darse por garantes de la “cohesión social”. Profundizar teóricamente un nuevo cosmopolitismo puede resultar siendo una forma de acción sin la cual la supervivencia de la infinita diversidad humana —es decir la de la humanidad— sería cada vez más frágil.

Diciembre 2016